

Todos los mundos son posibles si este se desvanece: transhumanismo, me-ontologías cósmicas y extinción

All Worlds Are Possible if This One Vanishes: Transhumanism, Cosmic Me-ontologies, and Extinction

Ricardo Andrade*

Fecha de Recepción: 30/03/2022

Fecha de Aceptación: 20/06/2022

Resumen: *El presente artículo está orientado a estudiar algunos presupuestos del transhumanismo a través de una de sus vertientes más conocidas: el extropianismo. A partir de una lectura crítica de dicha vertiente, se busca revelar como las aspiraciones de la razón transhumana desembocan en nuevas formas de dominio que exceden a la tierra y buscan perpetuarse en el universo. En este sentido, el transhumanismo extropiano encuentra en las formas del mercado una manera de preservar este mundo en detrimento de otros. Para cuestionar este acercamiento, el presente trabajo busca desarrollar una crítica basada en algunos elementos centrales de la física cuántica y la cosmología que afirman la finitud de este mundo y su disolución. Esto habilita la introducción del nihilismo y la filosofía de la extinción como un momento central para desarticular la exacerbación de la noción de totalidad y de sujeto en la cual el transhumanismo radica su postura filosófica y tecnológica. Para comprender esta desarticulación del*

* Licenciado en Letras por la Universidad Central de Venezuela (UCV), graduado con mención honorífica *Magna cum laude*. Maestrando en Literaturas en Lenguas Extranjeras y en Literaturas Comparadas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (FFyL-UBA) y del Diplomado en Problemas Filosóficos Contemporáneos (FFyL-UBA). Es miembro de la Asociación Latinoamericana de Estudios Críticos sobre Transhumanismo (ALECT). Ejerció como profesor e investigador en el Departamento de Estudios Estéticos de la Escuela de Artes (UCV) y como ayudante de trabajos prácticos de segunda en el área de Literatura Latinoamericana y Venezolana en la Escuela de Letras de la misma casa de estudios. Fue adscripto (2017-2019) de la Cátedra de Literatura Alemana (FFyL-UBA). Correo electrónico: andrader218@gmail.com

mundo, se propone una lectura me-ontológica de las entidades cósmicas que demuestran los límites de la racionalidad humana mediada por el capitalismo. Por ello, el presente artículo parte de la premisa fundamental de que el mundo debe desvanecerse para demostrar la potencialidad de los entes espaciales. Además de ello, a través del nihilismo y la me-ontología, surge una ética singular que seculariza el milenarismo tecnológico de la razón transhumana y permite pensarlo en un nuevo marco conceptual.

Palabras clave:

transhumanismo – extropianismo – ontología cósmica – nihilismo – ética

Abstract:

This article is aimed at studying some presuppositions of transhumanism through one of its best known aspects: extropianism. From a critical reading of this aspect, it seeks to reveal how the aspirations of transhuman reason lead to new forms of domination that exceed the earth and seek to perpetuate themselves in the universe. In this sense, extropian transhumanism finds in the forms of the market a way to preserve this world to the detriment of others. To question this approach, this paper seeks to develop a critique based on some central elements of quantum physics and cosmology that affirm the finitude of this world and its dissolution. This enables the introduction of nihilism and the philosophy of extinction as a central moment to dismantle the exacerbation of the notion of totality and subject in which transhumanism roots its philosophical and technological position. To understand this disarticulation of the world, a me-ontological reading of the cosmic entities that demonstrate the limits of human rationality mediated by capitalism is proposed. Therefore, this article starts from the fundamental premise that the world must vanish to demonstrate the potential of space entities. In addition to this, through nihilism and me-ontology, a singular ethic arises that secularizes the technological millenarianism of transhuman reason and allows us to think about it in a new conceptual framework.

Keywords:

Transhumanism – Extropianism – Cosmic Ontology – Nihilism – Ethics

Para abordar el transhumanismo, especialmente en su vertiente extropiana, vale la pena tener en consideración el marco teórico-metodológico desde el cual se pretende analizar este fenómeno tecnológico y filosófico. La primera parte del artículo tiene como eje

temático el problema del límite dentro del extropianismo. Para analizar este punto, se parte de algunos presupuestos de la teoría crítica en torno a la razón instrumental, el dominio y la represión individual y social. En la segunda parte, se hace un análisis desde el realismo especulativo (específicamente el realismo neutro), el nihilismo y la astrofísica para desarticular la noción de mundo y, con ello, la razón de dominio que caracteriza al transhumanismo extropiano. En la tercera parte se ofrece una reflexión, en el marco de la ética de la responsabilidad, ante el problema de la extinción y el surgimiento de la me-ontología cósmica. Finalmente, las conclusiones buscan articular estos tres apartados para ofrecer una reflexión integradora sobre el problema de la razón transhumanista.

De la obsolescencia del límite: introducción crítica al transhumanismo

Diluir el concepto de límite ha sido, desde la modernidad, uno de los puntos centrales del pensamiento filosófico. De forma no menos llamativa la época moderna inaugura, al mismo tiempo, una crítica minuciosa y una delimitación de la razón. Sin embargo, el desarrollo de las tecnologías socavan dicha delimitación en favor de una exploración radical sobre lo existente: la técnica se apodera, de este modo, de toda concreción y materialización del pensar. El transhumanismo se caracteriza, desde esta perspectiva, como un proyecto que abole los vestigios de la modernidad, aunque se ancle en la tradición ilustrada y pretenda reformular el humanismo como movimiento filosófico. En este intento de reformulación se halla la crítica a una ontología basada en la obsolescencia, es decir, a una materialidad proclive a quedarse atrapada en la idea del tiempo, ya que ella demuestra la *finitud* de los sujetos y de las entidades no-humanas. Con este razonamiento como base principal, el transhumanismo abre la puerta a una nueva ontología materialista que busca desligarse de una de las determinaciones fundamentales de la tradición filosófica que moldean la pregunta por el ser humano: la relación con la dimensión temporal. Como bien señala Alejandro Galliano:

La antropología transhumanista es brutalmente materialista: el ser humano no *tiene* un cuerpo sino que *es* un cuerpo y puede entenderse enteramente, y transformarse ilimitadamente, a partir de procesos físicos. Desde la teoría de los humores de la Antigüedad hasta el mecanicismo moderno, hay una propensión histórica de las sociedades a explicarse a sí mismas a través de la tecnología más avanzada de cada época. Hoy ese lugar lo ocupa la informática: el *quantified self* (yo cuantificado) transhumanista considera el ser como algo reducible a un conjunto de datos que pueden interpretarse e incluso revertirse mediante el *biohacking*. En este sentido, para Luc Ferry el transhumanismo no solo incurre en el determinismo no falsable de todos los materialismos, sino que forma parte del «solucionismo tecnológico» de la época. Finalmente, el transhumanismo, con su confianza en la razón y la autodeterminación humana, es un heredero paradójico de la tradición humanista occidental. (Galliano, 2019, p. 84).

Que esta antropología sea *brutalmente* materialista llama la atención. La ontología radical del cuerpo permite, en una primera instancia, poner en tela de juicio la concepción espacio-temporal de la existencia a través de la tecnología. El tiempo cesa en la medida en que la posibilidad de la inmortalidad es habilitada, al mismo tiempo que el espacio deja de ser un impedimento, ya que los conjuntos de datos que caracterizan al ser transhumanista devienen en una manifestación de la infinitud y del no-límite. El materialismo del transhumanismo cohabita, en este sentido y de manera contradictoria, con un *inmaterialismo digital* que potencia una premisa central: la idea de que este mundo debe desvanecerse para dar paso a la posibilidad de nuevas realidades. De este modo, el materialismo transhumanista radicaliza la noción misma de filosofía al hacerla parte de la *extinción como proyecto del pensamiento*. La confianza en la razón y en la autodeterminación que señala Galliano devienen, a la luz de esto, en las fuentes principales de un determinismo tecnológico-materialista que, en una primera mirada, no parece formar parte la herencia ilustrada que el transhumanismo

reivindica.

Sin embargo, la ilustración como proceso de dominio de la razón sobre lo existente, esconde en sí misma la destrucción de los entes en nombre del mejoramiento humano por medio de la civilización. Para estudiar esto a profundidad dentro del transhumanismo, hay que remitirse a una de sus vertientes cuyo nombre es *extropianismo*. En uno de los apartados de *The Extropian principles, version 3.0* (cuya fecha es de 1998), su fundador Max More señala que:

Continual improvement will involve economic growth. We see no shortage of resources to allow growth, and we find growth compatible with environmental quality. Extropians affirm a rational, non-coercive environmentalism aimed at sustaining and enhancing the conditions for our flourishing. Intelligent management of resources and environment will be fostered by vastly extended life spans. An effective economic system encourages conservation, substitution, and innovation, preventing any need for a brake on growth and progress. Migration into space will immensely enlarge the energy and resources accessible to our civilization. Extended life spans may foster wisdom and foresight, while restraining recklessness and profligacy. We pursue continued individual and social improvement carefully and intelligently. (2022).¹

En esta llamativa reflexión, More logra concretar algunos de los problemas centrales del transhumanismo a pesar del tono optimista del apartado. El primero tiene que ver, especialmente, con la imbricación entre las tecnologías del mejoramiento y el

¹ La mejora continua implicará crecimiento económico. No vemos escasez de recursos para permitir el crecimiento, y consideramos que el crecimiento es compatible con la calidad ambiental. Los extropianos afirman un ambientalismo racional, no coercitivo, destinado a mantener y mejorar las condiciones para nuestro florecimiento. La gestión inteligente de los recursos y el medio ambiente se verá fomentada por una vida útil muy prolongada. Un sistema económico eficaz fomenta la conservación, la sustitución y la innovación, evitando cualquier necesidad de frenar el crecimiento y el progreso. La migración al espacio aumentará enormemente la energía y los recursos accesibles a nuestra civilización. La prolongación de la vida puede fomentar la sabiduría y la previsión, al tiempo que restringe la imprudencia y el despilfarro. Perseguimos la mejora continua individual y social con cuidado e inteligencia. La traducción es nuestra.

crecimiento económico. Que el ser humano *sea* un cuerpo tiene relación con cómo el capitalismo transforma en objeto y en mercancía al sujeto, al mismo tiempo que lo desmaterializa a través del mundo digital. El progreso transhumanista, en este sentido, esconde la desaparición de lo humano a través del ejercicio de la razón instrumentalizada. El mejoramiento, en este contexto, se vacía de su hipotético contenido positivo: abrazar de manera irrestricta el crecimiento económico implica consumirse dentro de la lógica del capital, es decir, de la utilidad y la negatividad tautológica de la producción *ad infinitum*. Esta pervivencia en la negatividad es disfrazada a través de la acotación de More sobre el carácter no-coercitivo del “ambientalismo racional” del transhumanismo extropiano. La contradicción de este punto estriba en que, al mismo tiempo que se intenta sintetizar la naturaleza con lo artificial, la razón mediada por el capitalismo (en su forma de mercado y de sus *black-boxes* algorítmico-financieros) ejerce, de hecho, una coacción total sobre las entidades no-humanas despojándolas de todo sentido que no implique una utilidad para el “florecimiento” humano. Lo que florece, en este sentido, no es una pretendida armonía entre la naturaleza y los seres, sino un *solipsismo* en donde el sujeto es hipostasiado a expensas de la propia pervivencia de la tierra y de la especie. La eficacia del sistema no parece consistir, como señala More, ni en la conservación, ni en la innovación, sino en la administración de la agonía y en la prolongación del sufrimiento que, de manera contradictoria, el transhumanismo busca suprimir. En este sentido, cabe destacar la siguiente reflexión de Horkheimer:

En el proceso de su emancipación el hombre participa en el destino del mundo que lo circunda. El dominio sobre la naturaleza incluye el dominio sobre los hombres. *Todo sujeto debe tomar parte en el sojuzgamiento de la naturaleza externa —tanto la humana como la no humana— y, a fin de realizar esto, debe subyugar a la naturaleza dentro de sí mismo.* El dominio se “internaliza” por amor al dominio. Lo que comúnmente se define como meta —la felicidad del individuo, la salud y la riqueza—, debe su significación exclusivamente a su

posibilidad de volverse funcional. Tales nociones indican condiciones favorables para la producción intelectual y material. Por eso, la abnegación del individuo no tiene en la sociedad industrial meta alguna situada más allá de la sociedad industrial. Semejante renuncia produce racionalidad respecto a los medios e irracionalidad respecto al existir humano. No menos que el individuo mismo, la sociedad y sus instituciones llevan el sello de esta discrepancia. Puesto que la subyugación de la naturaleza, dentro y fuera del hombre, se va llevando a cabo sin un motivo que tenga sentido, la consecuencia no es un verdadero trascender la naturaleza o una reconciliación con ella, sino la mera opresión. (1973, p. 103-104. Las cursivas son nuestras).

El desprecio a los límites del transhumanismo tiene íntima relación con la subyugación de los elementos biológico-naturales del ser humano. El dominio dentro de sí mismo implica el cercenamiento de una emancipación crítica en favor de la anulación de la individuación mediada por la *modificación total*. La individuación, cuya base fundamental es la idea del perecimiento y la obsolescencia, queda relegada a un plano filosófico menor para dar paso a una prolongación de la vida funcional a la tautología algorítmica del capitalismo. Esto imposibilita la idea de More de un mejoramiento inteligente y cuidadoso: el mismo se consolida a través de la opresión no solo del crecimiento económico, sino también de la hipóstasis de la irracionalidad característica de la negación de la finitud y la muerte. En este sentido, el tono optimista del extropianismo se diluye en la desesperación, por parte de los sujetos, de trascender a través de los *updates* y de las exigencias desregularizadas del mercado digitalizado. Consecuentemente, las aspiraciones claves de la “buena vida” de la sociedad burguesa que señala Horkheimer (y que el transhumanismo comparte) llevan en sí la negación de su propósito, ya que ellas nacen de una razón desprovista de sentido, es decir, de una racionalidad proclive a la destrucción ontológica. En este sentido, la pretendida reconciliación con la naturaleza es moribunda en cuanto los medios se instituyen como sujetos. El transhumanismo radicaliza dicha postura al afianzarse a un materialismo

determinista que niega una ruptura radical con los medios, ya que los absorbe y los transforma en parte de una cosmovisión político-filosófica ingenua sin adentrarse en la negatividad total en la que habitan los seres humanos bajo el sistema capitalista de producción y circulación.

Resulta llamativo, a la luz de esto, el ataque de More hacia la noción de utopía al considerarla inerte y poco apropiada para entender el transhumanismo, siendo esta idea la que alimenta los proyectos mitotécnicos del movimiento. Como bien señala el autor:

Extropians avoid utopian plans for "the perfect society", instead appreciating the diversity in values, lifestyle preferences, and approaches to solving problems. In place of the static perfection of a utopia, we prefer an "extropia"-- simply an open, evolving framework allowing individuals and voluntary groupings to form the institutions and social forms they prefer. Even where we find some of those choices mistaken or foolish, we affirm the value of a system that allows all ideas to be tried with the consent of those involved. (2022).²

Esta reflexión puede ser leída desde dos enfoques. El primero, siguiendo el análisis crítico que se ha estado presentando, es la errónea interpretación que realiza More acerca de la utopía como un estadio de reconciliación estática de los sujetos con la realidad y con las propias abstracciones ideológicas que crea. El no-lugar que la palabra designa etimológicamente expresa el vacío desde el cual el pensamiento se gesta para, de ese modo, construir una segunda naturaleza que le permita intentar situarse en el mundo sin ser destruido por lo desconocido. Lo utópico, más que evocar una sociedad perfecta, expresa la lucha por no perecer ante las consecuencias de esa segunda

² Los extropianos evitan los planes utópicos para "la sociedad perfecta" y, en cambio, aprecian la diversidad de valores, preferencias de estilo de vida y enfoques para resolver problemas. En lugar de la perfección estática de una utopía, preferimos una "extropía", simplemente un marco abierto y en evolución que permite a los individuos y grupos voluntarios formar las instituciones y formas sociales que prefieran. Incluso cuando encontramos que algunas de esas elecciones son erróneas o tontas, afirmamos el valor de un sistema que permite probar todas las ideas con el consentimiento de los involucrados. La traducción es nuestra.

naturaleza que se pretendía como un hogar: la civilización se instaure a través de la supresión de los entes, creando de este modo una *orfandad ontológica* que habilita, por una parte, el vaciamiento de la existencia; por otra parte, la potencialidad especulativa que se produce al negar el mundo creado. Este último punto da paso al siguiente enfoque. Tanto la utopía como la extropía son momentos negativos que anulan este mundo en búsqueda de multiversos mediados por la tecnología y por la abolición de lo humano. El “marco abierto” del cual el extropianismo hace alusión tiene que ver, precisamente, con la posibilidad de un ataque radical a la civilización como segunda naturaleza que el transhumanismo posee y que es cercenado en el momento en que se piensa como una extensión del capitalismo. La negación del mundo mediada por la emancipación destructiva contra el límite posibilita no ya pensar la tecnología como un medio de dominio que homogeneiza, sino como parte de una cosmotécnica que expresa la pluralidad onto-tecnológica que descansa en estas realidades posibles. Yuk Hui, en relación con la cosmotécnica, expresa que “es la unificación del cosmos y lo moral por medio de actividades técnicas, pertenezcan estas al ámbito de los oficios o del arte. No ha habido una o dos técnicas, ha habido múltiples cosmotécnicas. Qué tipo de moralidad, cuál cosmos y de quién, y cómo unificarlos varían de una cultura a otra en función de dinámicas diferentes” (Hui, 2020, p. 56-57).

Bajo esta perspectiva, cobra un sentido profundo e interesante la vinculación entre el transhumanismo y la migración al espacio que realiza More. Unificarse con el cosmos implica no solo diluir el límite como ontología, sino abolir la materia y, por ende, abrazar el proyecto filosófico y científico de la extinción.³ La integración cósmica, más que afirmar la primacía de la razón transhumana, significa asumir en sí la muerte que habita en el espacio. Las distancias en el universo impiden ver la agonía o la muerte de estrellas y galaxias enteras en el instante. Sin embargo, la luz de dicha agonía viaja a través del espacio: la razón y el mejoramiento tecnológico

3 Para entender esta abolición, solo hace falta recordar que solo el 5% del universo está formado por materia bariónica (visible), elemento del cual están compuestos los entes, las estrellas y las galaxias. El resto es materia oscura, energía oscura y otros elementos que aún no se sabe con precisión sus funciones y de donde emergen.

transhumanista, al buscar en el espacio un modo de extender la vida, se encuentra con un quiebre ontológico fundamental, ya que el solipsismo característico del sujeto autónomo se ve negado por una exterioridad ajena que lo supera. La prolongación de la existencia se transforma, en este sentido y de manera paradójica, en la constatación de la futilidad de la vida. Al tener en consideración esto la cosmotécnica transhumanista posibilita, gracias a esta integración negativa, un nihilismo especulativo con fuertes bases científicas y tecnológicas. Si para Hui la moral juega un papel central en esta integración, ella está atravesada por la afirmación de que la tecnología provee los pilares centrales para descentrar, de manera radical, al ser humano. El nihilismo que emerge de esta situación impide concebir las organizaciones políticas y sociales conservadoras que el transhumanismo, de manera contradictoria y en detrimento de su propia exaltación libertaria, busca instaurar a través de una autonomía sometida al capitalismo. Como afirma Andrés Vaccari:

Pese a su retórica revolucionaria y rupturista, la política transhumanista es netamente conservadora. El cambio social y político es consecuencia del cambio tecnológico. Para cambiar la sociedad basta con introducir nuevas tecnologías; no hace falta una transformación institucional, cultural, económica o en las estructuras de poder. El transhumanismo representa un giro curioso en la historia del utopismo humanista. (2016: p. 311).

El determinismo tecnológico que el transhumanismo exalta (y que deviene en una defensa del status quo) se vuelca contra sí mismo en el momento en que el espacio se transforma en un elemento a dominar y el nihilismo se instituye como un momento reflexivo en donde el ente humano solipsista queda suspendido. Cuando More promueve que los sujetos pueden formar instituciones sociales que prefieran, obvia la crítica al sistema que reprime a los individuos hasta transformarlos en meros consumidores: la moral transhumanista está mediada por la ideología del despilfarro que dice atacar. Una apropiación nihilista y cosmotécnica del extropianismo desarticula

esta contradicción, ya que parte de esta premisa fundamental: este mundo debe dejar de existir para afirmar la independencia de la exterioridad (entes no humanos, objetos, etc.) de la razón total instrumental. En el siguiente apartado se abordará este singular problema.

Desvanecer este mundo: nihilismo, filosofía de la extinción y me-ontologías cósmicas

En el apartado anterior, se había hecho mención sobre la relación entre el transhumanismo y el espacio. Al aspirar al cosmos, el pensamiento instrumental extropiano no solo se detiene en el dominio total de la tierra, sino de toda la materia. Esto sitúa la lógica del capital en una nueva fase, la cual se debe denominar como *capitalismo cósmico*: todos los posibles recursos del universo pasan a formar parte de la hipostasis solipsista del ser transhumano introduciendo, de este modo, la garantía de la destrucción. La fascinación que ejercen mundos lejanos deviene, bajo esta nueva fase del capitalismo, en meras materias primas para sostener el desprecio hacia el límite como categoría. Sin embargo, la garantía de la destrucción abre la posibilidad a un momento especulativo vasto: absorber el cosmos implica desarticular no solo la totalidad, sino también negar este mundo a través de la muerte y la soledad espacial. Esta absorción pone en crisis el fundamento metafísico en el cual descansa el capitalismo cósmico y el transhumanismo extropiano, ya que implica asumir la extinción de la razón, de la vida y del cuerpo. Este problema permite presentar una diferenciación central entre la metafísica y la ontología desde el punto de vista del realismo neutro de Markus Gabriel. Para este joven filósofo, la metafísica designa una teoría de la totalidad irrestricta y del mundo como mundo, mientras que la ontología es una investigación sobre la existencia que no necesariamente necesita de un mundo y de su totalidad para acontecer (Gabriel, 2016, p. 153-154). El transhumanismo (tanto en su versión extropiana como en la que promueve la singularidad tecnológica) afirma lo irrestricto de la totalidad antropocéntrica al ver en la razón un medio para conquistar lo

existente.

Al afirmar el mundo como mundo por medio del capitalismo cósmico, la razón transhumana pierde su carácter emancipador radical y prolonga la destrucción de la naturaleza hacia lo desconocido. Lo no-conocido debe ser descubierto, bajo esta premisa, para ser explotado con la finalidad de un mejoramiento marcado por la irracionalidad del mercado. Esta visión se opone a una lectura ontológico-realista de la existencia: en el silencio cósmico habitan formas y compuestos extraños que se contraponen a la dominación. Las *entidades oscuras* erosionan la idea del mundo como totalidad ya que, desde un comienzo, ni siquiera pueden ser observables. Esto sucede con la materia oscura. Una definición de esta extraña entidad la ofrece el físico Cristiano Galbiati cuando señala que:

No está formada por combinaciones de protones, neutrones ni electrones ni puede estarlo: de lo contrario, no habría ninguna razón por la que esta forma de la materia no debiese contribuir a la formación de estrellas y no fuese detectada por los instrumentos tradicionales. En su lugar, debe estar compuesta por una forma de materia que se salga completamente de los cánones establecidos. De hecho, la materia oscura *no contribuye a la formación de estructuras macroscópicas y complejas*; por lo tanto, las interacciones de la materia oscura consigo misma y con la materia que conocemos deben ser necesariamente muy débiles. (2020, p. 30. Las cursivas son de nosotros).⁴

Esta materia, al no formar parte de las estructuras macroscópicas y complejas del mundo, postula la necesidad de pensar en una *ontología oscura*, es decir, en entes que no pueden ser sustraídos por el capitalismo cósmico para alimentar el solipsismo transhumano. La radicalidad de esta ontología no solo se detiene en este momento, sino

⁴ Además de esta definición, se debe añadir otros elementos que forman a la materia oscura: es pesada (su campo de gravitación mantiene cohesionada a las galaxias), lenta (no se caracteriza por ir a la velocidad de la luz) y tampoco posee carga eléctrica.

que también demuestra que, al estar el universo inmerso en esta materialidad, la noción de límite adquiere una importancia fundamental, ya que esta señala que la conquista de la razón capitalista está mediada por la futilidad de lo inobservable. El mundo como totalidad, en este sentido, deviene en una forma de opresión que imposibilita pensar en otras realidades. Si el extropianismo se sustenta en un “marco abierto”, este solo apunta a la legitimación de la muerte de lo ontológico (es decir, de la existencia) en pos de una realidad centrada en las lógicas de la desaparición características del capitalismo. Esta lógica es absorbida por el extropianismo que, al mismo tiempo que hace del sujeto hipostasiado un ente supremo, abre las puertas a la extinción de los conceptos que sustentan tanto la individuación como lo “real”. Esta extinción es lo que permite el advenimiento de ontologías cósmicas que, a través de su opacidad, diluyen el proyecto tecnomítico del transhumanismo. Las entidades oscuras, bajo esta perspectiva, rompen con una tradición del ser inmersa en el proyecto ilustrado (del cual el transhumanismo se ve como continuador) y presentan un materialismo de índole nihilista. La palabra nihilismo, en este contexto, debe entenderse en su origen etimológico: *nihilum* (ni una hebra). Al desarticularse los sentidos, las conexiones y el entramado del mundo la razón instrumental pierde su poder de dominación para dar paso a múltiples existencias desencadenadas. Como afirma Ray Brassier, “el nihilismo no es, como pretendía Heidegger, la oclusión del irrepresentable “estar presente” del ser, sino más bien el *proceso de desvinculación universal* a través del cual los vectores gemelos de la ciencia y el capital exponen juntos la multiplicidad desencadenada como la auténtica figura del ser” (2017, p. 197. Las cursivas son de nosotros).

El transhumanismo extropiano logra desencadenar al ser, al mismo tiempo que lo encierra en la lógica de este mundo al pensarlo desde una postura netamente capitalista y mecanicista. En este sentido, la desvinculación universal queda vedada al ser reemplazada por el sujeto hipostasiado: esta exacerbación revincula al ser con un mundo que aspira a su aniquilación. Sin embargo, es llamativo destacar cómo el proceso nihilista parte de la conjunción entre ciencia y capital según Brassier, ya que permite ver en el capitalismo cósmico un momento central para emancipar a los entes oscuros

de la racionalidad que, precisamente, busca dominarlos. La ciencia, al ser catalizadora e impulsora del nihilismo, desarticula la oclusión del ser al atacar el principio según el cual solo lo que se puede percibir es. Apropiarse del transhumanismo desde este nihilismo desencadenado permite radicalizar la desvinculación universal a través de los usos de la tecnología sin caer en la filosofía de la redención humana que ocupa, de manera mítica, las aspiraciones del movimiento. En este sentido, el capitalismo cósmico juega una posición ambigua: si bien abraza el mito de la suficiencia autónoma y la razón, también lo desmitologiza al aceptar la ontología oscura como una nueva forma de pensar a los entes. La autenticidad del ser que se da a través de esta cosmicidad rechaza ver en estos mundos que aparecen meros recursos para postergar la vida o formar una ética basada en el antropocentrismo. Lo auténtico, en este contexto, designa la certeza de que la extinción, entendida como un proyecto filosófico radical, no vislumbra un concepto del “buen vivir” fundamentado en una autonomía regulada por la “razón” del mercado, ya que la posibilidad de un perecer absoluto exige un planteamiento en donde el milenarismo transhumanista queda relegado. El problema de este milenarismo radica en fundamentar, de manera ahistórica, dos concepciones de ente supremo que convergen: el sujeto hipostasiado y la singularidad tecnológica que erradicaría a este en nombre de una inteligencia artificial superior. El mundo como totalidad desconoce la finitud y encuentra en las tecnologías del mejoramiento, la razón transhumana y la apropiación del cosmos formas para erradicar lo inevitable: la muerte de este mundo dentro de millones de años. De ahí que el cuerpo se ontologice de manera inevitable e irracional, ya que el transhumanismo se vuelve bioconservador en cuanto presiente la caducidad de la totalidad. Que el mundo, las galaxias y las estrellas perecerán afirma la siguiente reflexión de Markus Gabriel y su singular concepción de la filosofía, en particular su postura realista neutra y la ontología:

Mi realismo es anárquico. No hay un *arché* general ni un principio que mantenga a todo unido. No niego que el universo exista, pero niego que esta sea una entidad o dominio que englobe todo. El universo no es el mundo, no es nada que

se encuentre sobre cualquier otra provincia ontológica. El universo es ontológicamente pequeño y provincial, incluso si resulta ser infinito en algún sentido. Realmente no hay un centro en toda mi ontología, pues rechazo toda suposición antropocéntrica o cosmocéntrica de la metafísica. San Pablo escribió que la filosofía es “la sabiduría del mundo”, razón por la cual se convirtió en un antifilósofo. Estaba en lo correcto en su ataque a la metafísica, pero equivocado en suponer que la filosofía tiene que estar basada en una creencia en la existencia del mundo. (2016, p. 166-167).⁵

La ausencia de una *arché* totalizadora, desde este punto de vista, le otorga al nihilismo una validez filosófica desde la cual pensar la disolución de la realidad. Un realismo anárquico implica asumir que el proyecto de una razón dirigida y ordenada (como el extropianismo y la tradición moderna ilustrada buscan) fracasa ante el advenimiento de la ontología oscura. La anarquía del cosmos, sintetizada en la entropía como segundo principio de la termodinámica, volatiliza la estabilidad de las representaciones y abre la posibilidad a que lo desconocido y lo improbable acontezcan⁶. Los mundos posibles que estos acontecimientos habilitan destruyen los mitologemas de la razón, entre ellos la noción de progreso. Si como se pudo observar el progreso es una idea afín a la razón transhumanista, es porque esta noción designa una linealidad inexistente, tanto en la historia humana como en pasado y el porvenir del universo. El progreso, más que designar el optimismo pseudoinconformista del determinismo tecnológico, denota el temor ante el vacío que los entes oscuros emanan. Este temor construye la metafísica escatológica que el transhumanismo extropiano fortalece, aunque lo eluda a través de un ateísmo libertario y un materialismo basado en el solipsismo. Si bien lo escatológico

5 Para ser más detallado en esta idea del realismo neutro, este debe entenderse como un ataque a la noción de ente supremo (ya sea humano o no humano) que sustente un pensar metafísico. Esto implica negar, al mismo tiempo, realidades privilegiadas porque estas solidifican la totalidad. Como se puede observar, esta postura filosófica es llamativa cuando se ve a la luz del transhumanismo, ya que este se encarga de privilegiar entidades (la tecnología y el sujeto) que afirman un mundo que está en constante disolución.

6 Un ejemplo de esto es la ya famosa paradoja del cerebro de Boltzmann. Esta paradoja consiste en que, si lo que caracteriza al universo es la entropía, entonces nada impide que, de manera arbitraria, se forme un cerebro en medio del espacio y que seamos productos de una ilusión procedente de dicho ente cósmico.

designa el fin del tiempo, este se subsume en una redención a través de la tecnología y del mercado en donde lo temporal ya no denota o explica la idea de la existencia. De ahí que el mejoramiento tecnológico humano acelere los procesos de la racionalidad como expresión de una desesperación ante una ontología que exige un pensar *fuera* de este mundo. El extropianismo, de este modo, debe lidiar con el desamparo cósmico que se propia aspiración de dominación contiene. Esto permite reformular las bases de la antropología filosófica en el sentido de que, gracias a los entes oscuros, la primacía de lo humano queda en entredicho. Este “en entredicho” es lo que potencia al transhumanismo: en el mundo capitalista la primacía no puede ser puesta en duda, ya que el antropoceno designa la etapa final del proceso de control de la naturaleza interior y exterior.

Sin embargo, al demostrar que este mundo es provincial y provisional, el “entre dicho” desencadena el nihilismo. A la luz de esto, resulta particularmente llamativo el entrecruzamiento entre nihilismo y transhumanismo que realiza el filósofo Stefan Lorenz Sorgner. A partir de una lectura singular de la obra de Nietzsche conjugada con algunas premisas de la razón transhumana, Sorgner destaca dos tipos de nihilismo: el alético y el ético. Una definición del primero la ofrece cuando menciona que

Aletheic nihilism affirms that all philosophical perspectives can be false. This theory is both philosophically plausible, because there has not yet been a philosophy which clearly proved itself as true, as well as morally helpful, because it promotes the avoidance of violence against psychophysiological entities affirming a different philosophy”. (2017, p. 255).⁷

Al afirmar que todas las perspectivas filosóficas pueden ser falsas, el nihilismo aleiteico abole la idea de la primacía de lo humano y, en conjunto, los marcos conceptuales que

⁷ El nihilismo alético afirma que todas las perspectivas filosóficas pueden ser falsas. Esta teoría es tanto filosóficamente plausible, porque aún no ha habido una filosofía que claramente demostró ser verdadera, así como moralmente útil, porque promueve la evitación de la violencia contra las entidades psicofisiológicas que afirman una filosofía diferente. La traducción es nuestra.

sustentan al transhumanismo extropiano. La razón crea ilusiones (representaciones) de dominio que violentan la multiplicidad de entes, ya que es la forma de otorgarle a los sujetos un sentido metafísico de pertenencia ante lo desconocido. En este sentido, la ciencia y el capitalismo cósmico son emanaciones de una razón que linda con una patología que busca someter lo que puede ser representable e, inclusive, improbable. Si se entiende el *pathos* como una exacerbación del yo, el transhumanismo lleva hasta sus últimas consecuencias dicha tendencia e impide, por su propia lógica patológica de afirmar la unilateralidad de este mundo, que otros entes fuera del humano tengan una preeminencia. A la luz de esto, el materialismo mecanicista del transhumanismo (disfrazado de un anhelo de libertad radical a través de la desregularización tecnológica) se manifiesta no tanto como un mejoramiento del ser, sino como una aniquilación auspiciada por una *tecnoantropofagia*. Frente a esta forma de autoconsumo destructiva, el nihilismo alético salvaguarda la idea de que todo planteamiento filosófico (y, por extensión, toda creación material), al mismo tiempo que destaca su posible falsedad, refuerza la necesidad de pensar en nuevos paradigmas que eclipsen el antropocentrismo. Si este nihilismo posibilita la figura auténtica del ser, esto se debe a que el desmembramiento del mundo acontece y es tomado como el momento en donde la existencia queda liberada de la tecnoantropofagia. Esta liberación no inaugura una redención escatológica mítica como pretende el transhumanismo, sino la plena negatividad de la finitud. La disolución del universo en el *Big rip* señala la muerte del tiempo y la conquista de la caducidad y el límite frente a la cosmicidad capitalista y optimista de la razón transhumana.⁸

Al ser desgarrada por la infinitud de la energía oscura, los entes ya no *dicen* nada. Esta carencia fundamenta la ontología oscura y la radicaliza: lo que queda es una meontología, un no ser que debe pensarse de acuerdo a un proyecto filosófico orientado a la extinción. Las entidades oscuras son meontológicas en la medida en que señalan

⁸ La teoría del *Big rip* (Gran desgarramiento) es llamativa en este contexto. Según esta interpretación, todo el universo (tanto la materia bariónica como la oscura) será desgarrado por la aceleración y la expansión de la energía oscura. Esto se debe, principalmente, a que la gravedad sería incapaz de mantener juntas las partículas de la materia por la fuerza expansiva de esta energía.

dos elementos, principalmente: la imposibilidad de la razón transhumana para dar cuenta del futuro y de la infinitud y lo inefable de las formas extrañas de los universos. Si bien lo meontológico está ligado con la teología apofática medieval, la apropiación de este concepto, a la luz de esto, debe entenderse como un elemento central del pensamiento científico y tecnológico desde la modernidad hasta la actualidad, ya que ambas manifestaciones pugnan entre salvaguardar la existencia humana y disolverla en la nada (piénsese, como ejemplos, en las potencialidades destructivas de la energía atómica, la investigación de patógenos con fines militares o los peligros existenciales del desarrollo de las inteligencias artificiales). Para profundizar en esta idea de la meontología y su tradición, cabe señalar que

In the tradition of the Greek thought, outside the Unity of the *kosmos* viewed as a perfect and infinitely spherical ontic realm, or outside the spherical fullness of parmenidian Being, there is nothing. Then, this “nothing” must be the *first principle* which imprints its ineffability to each and every entity and idea it originates from. (Florin Moraru, 2017, p. 149).⁹

Si la nada es un “primer principio”, la metafísica antro-po-tecnológica transhumanista está avocada a su propia disolución en el momento en que busca, a través de una praxis cósmico-patológica, instaurar la plenitud de un ser mediado por la apropiación sin fin. Al aspirar al dominio absoluto de la materia, la razón deja tras de sí las huellas de la nada en cuanto que, para confirmarse por medio de la praxis, necesita destruir lo existente. Esto significa que, a medida que se construye el mundo, este es fagocitado sin la posibilidad de la resurrección (otra de las ideas centrales del transhumanismo). La certeza científica del fin de este universo y la imposibilidad de la resurrección acarrearán una serie de problemas relacionados con la ética y que el transhumanismo, de

⁹ En la tradición del pensamiento griego, fuera de la Unidad del *kósmos* visto como un reino óntico perfecto e infinitamente esférico, o fuera de la plenitud esférica del Ser parmenidiano, no hay nada. Entonces, esta “nada” debe ser el primer principio que imprima su inefabilidad a todas y cada una de las entidades e ideas de las que se origina. La traducción es nuestra.

manera llamativa, trae a discusión. En este sentido, el nihilismo ético de Sorgner brinda algunas claves para abordar estos problemas. El siguiente apartado se detendrá en ellos.

Ética de la responsabilidad para con el futuro de cara a la extinción

Al considerar lo expuesto en el apartado anterior, una pregunta aparentemente ingenua emerge. ¿Tiene sentido reflexionar sobre la ética cuando el universo está desvaneciéndose y la extinción es inminente? La exigencia de un pensamiento ético se torna acuciante ante esta pregunta, especialmente ante el desarrollo del pensamiento transhumanista y sus posturas científico-tecnológicas. En este sentido, cabe mencionar la siguiente reflexión de Sorgner sobre el nihilismo ético:

Ethical nihilism affirms that all non-formal concepts of the good are bound to be implausible. This insight considers that all psychophysiological entities differ from each other, which implies that a different concept of the good is valid for each entity. This reflection leads to the affirmation of a radical plurality of concepts of the good. If this insight is legally acknowledged in an appropriate manner, it reduces the violence done to psychophysiological entities. Firstly, ethical nihilism demands to permanently criticize encrusted totalitarian structures; secondly, ethical nihilism rejects the necessity of transcending a nihilist society so that a new culture gets established; thirdly, ethical nihilism demands to promote institutional changes so that plurality gets acknowledged, recognized, and considered appropriately at legal, ethical and social levels. (2017, p. 255-256).¹⁰

10 El nihilismo ético afirma que todos los conceptos no formales del bien están destinados a ser inverosímiles. Esta intuición considera que todas las entidades psicofisiológicas difieren entre sí, lo que implica que para cada entidad es válido un concepto diferente del bien. Esta reflexión conduce a la afirmación de una pluralidad radical de conceptos del bien. Si esta intuición es legalmente reconocida de manera adecuada, reduce la violencia ejercida sobre las entidades psicofisiológicas. En primer lugar, el nihilismo ético exige criticar permanentemente las estructuras totalitarias incrustadas; en segundo lugar, el nihilismo ético rechaza la necesidad de trascender una sociedad nihilista para que se establezca una nueva cultura; en tercer lugar, el nihilismo ético exige promover cambios institucionales para que la pluralidad sea aceptada, reconocida y considerada adecuadamente a nivel jurídico, ético y social. La

Una de las cosas que llama la atención en esta definición es el uso del concepto de “bien” asociado al nihilismo. Esta noción de bien está mediada por la exacerbación de la corporalidad en el transhumanismo, ya que es la base fundamental desde la cual se aborda la necesidad del mejoramiento biotecnológico. Al estar atravesada por la razón transhumana, lo bueno está íntimamente ligado con la cosmo-patología mercantil según la cual todo lo que se halla en el universo es útil para el solipsismo antropocéntrico. Esta apropiación, que lleva en sí la marca del utilitarismo, acepta la pluralidad radical de conceptos sobre lo bueno en la medida en que ellos puedan ser potencialmente explotados: la supuesta “gestión inteligente de recursos” que señalaba More se revela como una ilusión cuando los entes son vistos como meras mercancías y no como expresiones de un complejo entramado existencial. Ciertamente, la perspectiva nihilista radicaliza la pluralidad de conceptos, mas no desde un punto de vista utilitario, sino para llevar hasta sus últimas consecuencias la desvinculación y el desmembramiento del mundo. Esto exige pensar lo bueno desde la meontología, es decir, desde la negatividad. Al ser configurado por lo negativo, la noción de bien adquiere un singular significado: más que abocarse a la legitimización de los discursos deterministas tecnológicos sobre un mejoramiento perpetuo que obvian la represión del sistema capitalista, lo bueno designa la pregunta sobre la finitud y la praxis ante la extinción. Si el nihilismo ético de Sorgner promueve una no-violencia sobre los entes, su pretensión claudica en el momento en que la pregunta sobre el bien general (ya sea individual o social) solo se sostiene a través de una constante deconstrucción del cuerpo por vía de la tecnología sin tener en cuenta la totalidad opresiva en la cual viven los sujetos. Expoliados de manera física y cognitiva, la idea de una vida prolongada como algo saludable se torna en una distopía cuando se asume que la mezcla entre una crisis ecológica sin precedentes y la ontologización del sujeto como mercancía es la marca distintiva del futuro. En este sentido, más que promover una crítica a las estructuras

traducción es nuestra.

totales, esta aproximación valida el *status quo* del mundo como una patología eterna y natural. Por ello, cabe mencionar la siguiente reflexión que sintetiza la crítica a esta validación:

La ciencia y la tecnología no son neutrales u objetivas, y muy por el contrario, muestran valores, intereses comerciales y económicos, así como toda una lógica de poder, propia de nuestro contexto social y temporal. Los transhumanistas olvidan (en buena medida) la función social de la tecnología y cómo esta se enmarca en contextos sociales más amplios, en complejas redes de interacción e interdependencia funcional con otras tecnologías, así como en dinámicas culturales y sociohistóricas. De esta manera que no consideran seriamente la inviabilidad social de algunas tecnologías (más que en el tema de los materiales y los recursos para crearlas), el acceso a ellas o los aspectos de gestión y desarrollo de las tecnologías en contextos particulares. (Piedra Alegría, 2017, p. 60).

Esta reflexión puntualiza cómo el transhumanismo, a través del encantamiento de la tecnología, se transforma en un mitologema que busca acelerar un futuro ausente de la concreción, es decir, de las particularidades sociales e individuales. Esta mitificación impide, ciertamente, la superación de una cultura nihilista: ella despoja el proceso de secularización radical que la extinción y la desvinculación universal trae consigo para afirmar la degradación de la perspectiva nihilista auspiciada por la cultura de masas, la libertad egoísta del libertarismo y un “bien general” sustentado en la ideología del despilfarro. El estancamiento en esta interpretación errónea del nihilismo termina, consecuentemente, por evitar y atacar cualquier interpretación que busque un cambio de las instituciones existentes.

Al tener en consideración esto, el nihilismo ético de Sorgner merece ser recuperado bajo un enfoque diferente. Este enfoque está atravesado, como se ha ido mencionando, por la idea de que el universo morirá. Esta idea no debe entenderse como

una mera confirmación científica fatalista, sino como una oportunidad reflexiva para pensar en una ética de acuerdo a la muerte de lo existente. La preeminencia de la nada, más que apoyar una postura solipsista patológica, sitúa al sujeto frente a su propia desaparición y confirma que, independientemente de su praxis totalizadora, hay elementos que no podrán ser subyugados y que constantemente evocan la inutilidad de tal acción. En este sentido, surge un compromiso: el de reconocer no solo la finitud como una determinación ontológica clave, sino también reconocer que la idea de razón existe a partir del límite pensado como categoría existencial. Tanto este reconocimiento como el compromiso de pensar en ello renueva la idea del nihilismo ético en la medida en que el límite no vulnera a los entes. La ausencia de esta vulneración se debe a que el límite subsume la idea de la muerte y de la nada dentro de su concepto, de manera que se ataca desde estas premisas de la finitud a la totalidad como mundo. Este ataque desencadena la desvinculación universal del ser y lo transforma en una expresión de la negatividad en donde el no-ser deviene en una postura ética: al desintegrarse lo que se conoce como mundo, la posibilidad radical de un pensamiento eudaimónico hace aparición. A diferencia de la concepción eudaimónica del transhumanismo extropiano (optimismo ingenuo de acuerdo al sistema capitalista, supresión del dolor, prolongación de la vida, mitologización de la tecnología), este “buen vivir” mediado por el nihilismo ético se afianza en la extinción, ya que la conciencia desventurada que emerge de esta certeza replantea los usos de la tecnología y la noción misma de acción.

Si bien parece paradójico asociar la desventura con el buen vivir (el pensamiento ético desde Aristóteles siempre se ha asociado con la búsqueda de los modos políticos, sociales e individuales para obtener la felicidad), la razón de este entrecruzamiento se debe especialmente a que, a través de los mecanismos de dominio de las distintas fases del capitalismo, la felicidad se ha diluido en la mercancía, es decir, en la constante deformación de los sujetos. Por ello, la felicidad que propone el transhumanismo está mediada por el engeñecimiento característico de cierto voluntarismo que ve en la mera acción tecnológica la solución redentora de los males humanos. Frente a esto, la conciencia desventurada del nihilismo ético habilita una idea central: al radicalizar la

pluralidad de los conceptos sobre el bien, surge el principio de responsabilidad para consigo mismo y el futuro. Siguiendo las reflexiones del filósofo alemán Hans Jonas en torno a sus conceptos sobre la ética orientada al futuro y a la responsabilidad teniendo en cuenta las premisas del transhumanismo, Antonio Luis Terrones Rodríguez señala que:

Un cientificismo cerrado y ciego ante sus consecuencias, una fe ciega en un progreso indefinido, solo puede ser cuestionado desde el poder de la imaginación, dándole más importancia al *malum*, pues para pensar las consecuencias catastróficas de algo, para el surgimiento del sentido de la responsabilidad, es más fácil partir del lado negativo, que del lado positivo, o del *bonum*, como señala Jonas: “nos resulta más fácil el conocimiento del *malum* que el conocimiento del *bonum*; el primero es un conocimiento más evidente, más apremiante, está menos expuesto a la diversidad de criterios y, sobre todo, no es algo buscado”. El temor es planteado por Jonas desde una anticipación cognitiva, pues cumple una función heurística que nos sirve para descubrir el bien y buscar mecanismos para su conservación. El poder cognitivo recae sobre la imaginación y sobre el sentimiento, porque nos anticipamos para conocer y a la misma vez nos conmovemos, algo fundamental para asumir la responsabilidad (2018, p. 71).

Esta reflexión sustenta la idea de la conciencia desventurada como punto de partida de una ética orientada al futuro. La desventura, al expresar la certeza de la desaparición de lo existente, evoca la posibilidad de una responsabilidad mediada no solo por el temor, sino también por el afán de encontrar formas que promuevan una vida sujeta al límite, ya que este último permite pensar en el presente con miras al futuro. En este sentido, la conciencia desventurada seculariza esa fe ciega en el progreso para señalar que, justamente a raíz de los descubrimientos científicos, el desmembramiento del mundo es lo que constituye la temporal noción de sujeto y no la aparente infinitud del mercado

y sus irracionales aspiraciones cósmicas promovidas por el transhumanismo extropiano. De esta forma, la conjunción entre desventura y temor forman una heurística basada en el nihilismo ético. Esta heurística, al contrario de lo que se puede pensar, no alienta la supresión de la tecnología en pos de formas primitivas de conocimiento, sino que sirve como mediación para desarrollar modos tecnológicos amparados en una constante secularización de los mitologemas inherentes al voluntarismo determinista del transhumanismo. Bajo esta perspectiva, ya no se trataría meramente, como señala Terrones Rodríguez, de concederle a la imaginación los escenarios de la catástrofe: la propia tecnología y la ciencia concretizan y aseguran dicha extinción a través de sus conceptos y sus formulaciones empíricas e ideológicas. Estas certezas brindan la posibilidad de pensar en el *bonum* sin la escatología de la salvación transhumanista, al mismo tiempo que demuestra la inconsistencia de su pensamiento cuando se sustentan en el humanismo y en la Ilustración. Más que apoyarse en ambas tradiciones (cuyos contenidos ético-políticos son complejos), el extropianismo se ajusta perfectamente a los deseos de dominación cósmica que el capitalismo adopta para sobrevivir como un “proyecto social”.

Como bien se señala en la reflexión citada, la conmoción juega un papel central para desarrollar una ética mediada por la extinción. Si bien el derrumbamiento del universo, como el último acontecimiento de la vida (ya sea la humana o no humana), está a millones de años de suceder, la conmoción intelectual que genera el vacío cósmico demanda tener en el horizonte del pensar filosófico dicho evento. Conmoverse ante esto no resulta lejano cuando los propios usos tecnológicos bajo el status quo aceleran catástrofes (piénsese en el ecológico como el más evidente) en pos de una concepción laudatoria del antropocentrismo. Bajo esta perspectiva, este acontecimiento que sucederá en un futuro lejano conlleva a extrapolar a la ética a otra dimensión: una *ética cósmica* se hace apremiante cuando el desarrollo del pensamiento transhumanista y capitalista ya ve en el espacio posibles recursos para mantener el frenesí del cuerpo hecho mercancía. La conmoción ante el desmembramiento del mundo, entonces, inaugura esta nueva ética orientada a explorar las me-ontologías cósmicas que,

desconocidas aun por los ojos humanos, vislumbran acuciantes problemas de índole filosófico y existencial.

Conclusiones

Como se ha podido observar a lo largo de este artículo, el transhumanismo representa la aspiración de la razón por someter todo bajo el escrutinio de lo humano. Por ello se vuelve acuciante tener en consideración todos los presupuestos que el movimiento, en sus diferentes vertientes, realzan y buscan concretizar a través de la tecnología y la ciencia. La primera parte del artículo estuvo orientada, específicamente, a tratar este problema considerándolo desde el punto de vista de la teoría crítica. Un examen a través de esta propuesta teórica revela las contradicciones características de una filosofía tecnológica que ve en la mera corporalidad una emancipación sin considerar la totalidad opresiva manifiesta en el sistema económico que defiende. Esta emancipación se torna ilusoria cuando el cuerpo pasa a formar parte de un proyecto relacionado con el mercado. Al estar relacionado con los mecanismos mercantiles, el cuerpo es sometido a la abstracción irrefrenable y se transforma en una máquina. Este mecanicismo capitalista brinda la posibilidad, ciertamente, de pensar los problemas fundamentales de la ontología a través de la unión de lo artificial y lo natural. Sin embargo, un cuerpo sometido a las constantes demandas del mercado cae eventualmente en el desuso y la obsolescencia. Por ello el desprecio al límite característico del transhumanismo. La innovación tecnológica tiene que ser, bajo esta perspectiva, una innovación orientada a destruir dicha noción. La conjunción de este desprecio y una razón total llevan al transhumanismo a ver en el cosmos el último espacio para someter. La segunda parte estuvo focalizada en ver las consecuencias de esto. El capitalismo cósmico y el solipsismo antropocéntrico se enfrentan a hechos científicos que desarticulan toda pretensión de dominio. Lo que se ha denominado como me-ontología oscura demuestra que hay hechos y formas en el universo que ni siquiera pueden ser comprendidas, aún, por la razón. La ausencia de toda comprensión abole la idea del

sentido, por ende, nociones como las de progreso, mercado, entre otras pierden su estatuto de “eternidad” y se diluyen en el desmembramiento del mundo. A la luz de esto, la apropiación que se ha hecho de algunas nociones de la física cuántica y la cosmología en el presente artículo están orientadas también a resaltar la idea de que la extinción de este universo debe comprenderse en su dimensión filosófica. Para ello, el nihilismo y el realismo neutro ofrecen perspectivas para comprender a profundidad lo que significa desvincularse del universo. Ambas invitan a pensar, de manera radical, los usos tecnológicos en la vida, la noción de entidad, entre otros amplios presupuestos filosóficos y sociales. En consonancia con esto, el último apartado esboza los pilares de una ética cósmica necesaria para pensar el lugar del sujeto en medio de la certeza de su desaparición. El nihilismo ético provee la crítica y las bases para sustentar dicha ética atravesada por la desventura. Así como el capitalismo cósmico busca abarcar a toda la materia bajo la idea de la explotación, esta singular ética busca establecer una idea de “buen vivir” desde una conciencia radical de la finitud, además de aspirar a la convivencia con toda forma de entidad bajo la idea de que la catástrofe es inminente. La ética cósmica busca, en este sentido, salvaguardar a los entes del espacio de una razón proclive a la violencia. El desmembramiento del mundo sirve como señal de que la vida humana debe orientarse bajo la premisa fundamental de que la fugacidad construye el porvenir, de manera que el reconocimiento de lo estelar se sitúa como un problema de envergadura para la filosofía y su futuro.

Estos tres apartados demuestran la importancia y la fascinación que el transhumanismo despierta cuando es revisado críticamente y no bajo el determinismo voluntarista que busca presentarlo como una filosofía tecno-atea de la redención del cuerpo y la vida. La tarea frente a esto es rescatar a la razón transhumana de dichos presupuestos a través de la *nada secular*, es decir, del cosmos y lo desconocido. Cada segundo de la expansión del universo garantiza la desaparición y lo inaccesible. Una teoría crítica del transhumanismo que se apoye en la extinción abre las puertas a una comprensión filosófica y tecnológica del accionar humano en relación con la alteridad. Las estrellas, lejanas, se acercan de este modo a la conciencia desventurada para

mostrar, a través de su brillo, los límites, los fracasos y las esperanzas de la razón para intentar comprender el fin. Un fin donde el recuerdo de la vida se perderá entre la materia desgarrada.

Referencias bibliográficas

- Brassier, Ray (2017). *Nihil desencadenado. Ilustración y extinción*. Materia Oscura Editorial.
- Florin Moraru, Cornel (2017). The forbidden path of late greek thinking: meontology and meontological difference in Damascius' *De Principiis*. *Revue roumaine de philosophie*, 61 (1), pp. 146-152.
- Gabriel, Markus (2016). Por qué el mundo no existe. En T. Ramírez (Ed.), *El nuevo realismo. La filosofía del siglo XXI* (pp. 151-170). Siglo XXI editores.
- Galbiati, Cristiano (2020). *Las entidades oscuras. Viaje a los límites del universo*. Ediciones Akal.
- Galliano, Alejandro (2019). ¿Hacia un futuro transhumano?. *Nueva Sociedad*, 283, pp. 82-94.
- Horkheimer, Max (1973). *Crítica de la razón instrumental*. (H. A. Murena & D. Vogelmann, Trads.). Editorial Sur.
- Hui, Yuk. (2020). *Fragmentar el futuro. Ensayos sobre tecnodiversidad*. (Tadeo Lima, Trad.). Caja Negra Editora.
- More, Max (2022). The Extropian principles version 3.0. A transhumanist declaration. MROB. https://www.mrob.com/pub/religion/extro_prin.html
- Piedra Alegría, Jonathan (2017). Transhumanismo, un debate filosófico. *Praxis. Revista de filosofía*, 75, pp. 47-61.
- Sorgner, Stefan Lorenz (2017). Immortality as Utopia and the Relevance of Nihilism. En Y. Tuncel (Ed.) *Nietzsche and Transhumanism. Precursor or enemy?* (pp. 248-261) Cambridge Scholars Publishing.
- Terrones Rodríguez, Antonio Luis (2018). Transhumanismo y ética de la

responsabilidad. *Resonancias. Revista de filosofía*, 4, pp. 59-73.

Vaccari, Andrés. (2016). Aporías transhumanistas: ideologías de la tecnología en el proyecto del auto-diseño humano. *Revista Internazionale di Filosofia Contemporanea*, 4 (1-2), pp. 286-320.